

## Cuando la magia ocurre

Era una noche de verano, la ausencia de luz producida por tantas edificaciones hacía que las estrellas no permitieran guiar a las personas sin rumbo, no obstante, una farola parpadeaba a lo lejos como si de una película de terror se tratase. Según nos acercamos a ella, mi amigo y yo vimos una persona pasar por delante, parecía tener prisa y se dirigía a la misma parada de autobús que nosotros.

Al llegar y verle allí, comprendimos que le preocupaba algo. Nos acercamos a preguntarle y descubrimos que iba a coger el mismo autobús que nosotros (era de esperar, pues era el último que pasaría a esa hora). Lo increíble de todo esto es que, a raíz de compartir ese autobús, empezamos a hablar y descubrimos que teníamos muchas cosas en común; a mí personalmente me impresionó saber que era una persona muy apasionada y, sobre todo, que no le acomplexaba hablar con alguien a quien no conocía.

Mi acompañante estaba deseando llegar, pero a mí no me hubiera importado prolongar aquella experiencia indefinidamente. Durante la hora y media que hablamos, se creó un evidente vínculo que crecía a pasos agigantados según fluían las palabras y el tiempo.

Yo solo quería seguir hablando, todo me parecía perfecto: del calor exterior nos trasladamos al norte de Europa gracias al aire acondicionado y los asientos se convirtieron en aquel instante en un mullido sofá, donde poder compartir pensamientos y una taza de chocolate.

Surgió un espacio íntimo donde todo parecía estar en orden y esa persona que momentos antes carecía de importancia en nuestras vidas, ahora despertaba en mí un completo interés.

Resulta fascinante como todas esas palabras parecían querer ser escuchadas y valoradas; me hacían sentir una unión inesperada que me aportaría un momento inolvidable que, lamentablemente, estaba llegando a su fin. Pues, aunque mi pensamiento era continuar, inesperadamente pulsó el botón de stop una parada antes que la nuestra.

En aquel momento, mi mente se aceleró “¿Debería bajarme también? ¿Le pido el número?”. Lo que pareció un segundo dubitativo, a mis ojos fue suficiente para que desapareciera y no volviera a saber de su existencia. Es fácil juzgar pero ¿Qué hubieras echo tú?

Sin duda saqué algo en claro de ese viaje; el momento más rutinario del día a día puede convertirse en mágico solo por encontrar a la persona adecuada.

Espero ver a esa persona de nuevo subida al autobús, la elección en esa circunstancia sería obvia: compartir ese lugar con la persona que me dejó con las mayores ansias de más, que he sentido en toda mi vida, y no dejarla escapar.

Por el momento me quedaré con su nombre y seré feliz de atesorarlo y repetirlo en mi mente una y otra vez. Así deseo alimentar el recuerdo y tentar al destino por si decidiera darnos la oportunidad de volvernos a encontrar.